

Cultura nacional y mundialidad como forma de poder

FELIX SCHWARTZMANN

EL ROSTRO DE LA EPOCA

Cuando contemplamos que el hombre se va aniquilando merced a sus propias obras, es imperativo plantearse el problema cultural, que es antropológico al mismo tiempo: ¿cómo sobrevivir como hombre? Puesto que lo tradicional y lo originario de un país sólo se incrementa desde lo humano-universal. Es decir, frente a la unificación tecnológica de la humanidad, surge esta inquietante pregunta: ¿cómo conservar la individualidad nacional a pesar de la alarmante progresión antitética de tipos de racionalidad y de irracionalidad correlativas e inconciliables entre sí?

Es inherente a la vitalidad de las formas culturales su continua recreación. La voluntad de forjarse sin tregua, si ha de tener una proyección fecunda y objetiva en el futuro, debe impulsar a reflexionar y a adoptar actitudes exentas de ambigüedad frente a las tensiones que configuran a la época actual. Por eso debemos conocer el rostro del mundo, desconocernos o reconocernos en él. Ya en el lenguaje empleado para describirlo, vislumbramos algunos signos de su curso y destino; en sus turbulencias encontramos, además, la medida de lo sombrío, de lo amenazante, de las perspectivas reales como de los augurios utópicos. Hoy se perciben como remotos los tiempos en que los historiadores reconocían el enigma de la grandeza de una cultura, pero la concebían como posible. La idea de *decadencia* se interpretaba como una compleja y hasta misteriosa transición secular desde unos estilos de vida hasta la deformación de los mismos. En cambio, ahora vemos, p. ej., a grandes conductores de pueblos, a inspiraciones ideológicas, que acaso pudieron sucumbir o disiparse junto con su forma de gobierno, a causa de la supuesta acción de la "banda de los cuatro". Ni siquiera se habla ya de "decadencia", y ese concepto suena como algo tan anacrónico como imaginar posibles renacimientos.

Brotan aspiraciones que ostentan el sello de lo inevitable: conjugar el desarrollo tecnológico con la supervivencia de la humanidad. Acosa el temor de advenimientos apocalípticos, pero condicionados por el hombre mismo. Einstein ya proclamó que un paso más, el que media de la bomba de fisión a la bomba H convertiría en inexorables las etapas siguientes de otras tecnologías destructoras. Observamos aflorar las más paradójicas simbiosis entre tecnocracias y el espíritu de civilizaciones o sociedades seculares o milenarias (Rusia, China, Japón). Iván El Terrible, Stalin, Marx, Mao, Confucio, etc. Así, revisten formas insólitas las metamorfosis que se suscitan entre la continuidad y el cambio, proceso de cuyo estudio representa una especie de principio metódico básico para comprender las transformaciones históricas. Revoluciones de supuesto alcance universal, derivan hacia nacionalismos fanáticos, o bien movimientos de izquierda en el Tercer Mundo que dejan entrever vetas de milenarismos.

Si el hacer del hombre fue siempre un misterio, ahora lo que crea, además lo encadena. La obsesión salvacionista, la lucha ecológica, p. ej., puede extraviarse en una exaltación de la necesidad del control estatal. También cierta ambigüedad acecha a las tentativas humanistas, en el sentido que el retorno al humanismo es posible aunque "difícilmente realizable", cuando no se le estigmatiza como utópico. Junto a todo esto observamos el cosmotropismo y el exilio interior; universalidad del terrorismo; espionaje científico y bélico por medio de satélites artificiales; estado permanente de alerta ante posibles ataques atómicos. Y vemos a los hilos de la historia tejer su trama en torno a pugnas por la materia prima y las fuentes de energía. Sólo inhiben la guerra cálculos de poder y una demografía de la probable muerte nuclear. Sin embargo, ya se ha desencadenado una forma muy particular de guerra civil mundial. Por otra parte, la informatización de las sociedades implica un equilibrio sutil entre la democracia y la pérdida de libertad. Nada de sublime asoma por entre estas tensiones. Al contrario, se mezclan augurios sombríos con frivolidad en las actitudes para enfrentarlos. Se postulan "escenarios" de futuros posibles, pero sólo el *decisor* decide. Elites, masa, individuos permanecen confinados a experimentar la tortura bifronte de lucidez e impotencia. El mismo aislamiento dentro del sistema impide o perturba la visión global de lo que acaece. Se vive como entre dos mundos: el de la opresora vida cotidiana que disipa expectativas y perspectivas en la angustia del instante, y el de lo apenas entrevisto casi como ficción, el estado nuclear, la extinción de la especie humana, la muerte de la naturaleza viviente, etc. En suma, se tiene una visión muy atenuada y fugaz de los signos que advierten del curso de la historia. No debe sorprender que se limiten al

conocimiento periodístico de fallas en una central nuclear o a un saber silvestre acerca de misiles. Claro está que se ha escuchado el anuncio de una posible guerra espacial y se contemplan imágenes de Saturno.

Ahora bien, ¿a qué forma de vida personal y colectiva apunta el cosmotropismo, o qué impulsos puede desencadenar? Aumenta el número de los excluidos de y por la sociedad, al tiempo que psiquiatras vaticinan la muerte del hombre a manos de su muerte interior. Los artistas, por su parte, descubren las soledades fantásticas del hombre, como Rulfo o Giacometti.

Contemplamos varios tipos de engañosas universalidades, de unificación exterior impuesta, pero que van adquiriendo fuerza configuradora: la tecnología, en sus múltiples formas y, particularmente, la unión de teléfono, televisión y computación que, para los sociólogos, señala la transición de la *comunicación solidaria* a la *comunicación solitaria*, sin olvidar la proliferación nuclear y la voluntad de desarrollo sin designios que trasciendan la dinámica propia de su incremento. Y casi rutinariamente el crecimiento demográfico justifica cierta especie de ética del futuro, que sanciona siempre medidas de expansión de cualquier género. El presagio o la ideología adecuada a una fatalidad inmodificable, diríase que potencia estas manifestaciones de universalidad que son negativas a lo menos dentro del marco de referencia de una comunicación auténtica y de una sociedad que no deforme al individuo. Porque los hombres ya han descubierto que viven en un *sistema*, esto es, en medio de un conjunto de elementos de interacción, sistema que son incapaces de controlar. Por eso, se estudia cómo prever los efectos negativos y la indeterminación que en él introducen las decisiones. A partir de estos hechos se afirma que lo propio de la actual tecnoestructura, no debe considerarse como *sociedad* en el sentido clásico y, por consiguiente, se abandona su concepto como inútil, puesto que no cabe estudiarla con los métodos de la sociología. Con todo, los dogmatismos se tornan cada vez más impermeables a lo que enseña la marcha de la historia. Y ello es así, aun cuando los mismos sociólogos proclamen la muerte del socialismo, y juzguen viejos ideales revolucionarios como reaccionarios.

Y si la tecnología parecería tender a identificarse con la física, ello también condiciona y acelera la conversión de la sociedad en sistema. Surgen, al mismo tiempo, movimientos "contraculturales", como reacción defensiva ante el predominio del "sistema"; se manifiestan como "profecía antinuclear" de tipo salvacionista y en forma de doctrinas ecológicas que incitan a recuperar lo originario en el mundo.

Retornan viejos anatemas de Dostoiewski y Nietzsche, dirigidos contra

la ciencia y los científicos. Si bien, y por otros motivos, hombres de ciencia como Heisenberg, sostienen que *por primera vez en el curso de la Historia el hombre no encuentra ante sí más que a sí mismo en el Universo*. Porque el objeto de la física no es ya la naturaleza como tal, sino la naturaleza percibida a través de instrumentos.

No es sólo eso. La creatividad se ha convertido en voluntad, en frenesí de innovación, por lo que el acto creador en el sentido clásico, ha ido perdiendo su carácter de intuición numinosa, para finalmente convertirse, en gran medida, entre los tecnólogos, en un ritual operatorio que pugna por envejecer todo lo inventado con anterioridad. Las tradiciones culturales milenarias, también se hacen sensibles a la innovación incesante, aun cuando tras la unidad científico-tecnológica de la Humanidad, subyace y late el pasado de sus respectivas historias.

En fin, la ideología de la "mundialidad", de la Tierra Planetaria, también se erige en ideología que emana del sistema; del mismo modo, el Gobierno Mundial, los cálculos acerca del futuro, relativos a los inter-futuros, que ocultan temor a los desarrollos paralelos y crecientes de los países en desarrollo, representan otros rasgos del presente.

El gran personaje o símbolo típico de esta época es el *decisor*, que a veces decide desconociendo los fundamentos de la tecnología y los efectos posibles de su empleo y de sus decisiones. Se crean institutos para proponer "nuevos órdenes de mundo", se conjeturan e inventan futuros. Pero no se sabe qué condiciona realmente lo que sucede o lo que se espera. El presente es vivido entonces con una angustiosa pasividad e impotencia. Al tiempo que un misterio siniestro envuelve, por encima de las racionalizaciones conocidas, lo que decidirán, p. ej., las grandes potencias.

EL ERROR DE CONSIDERAR ESTA CONOCIDA HISTORIA, SIN PRECEDENTES

Desde diversas perspectivas teóricas, algunos historiadores opinan que el confinamiento del hombre en un sistema, *no tiene precedentes*, sin más. Sin embargo, aún debemos dejarnos guiar por Tucídides y seguir escribiendo una historia válida "para todos los tiempos". Cuando lo que ocurre permite sospechar que no tiene precedentes, es que la barbarie del hombre aflora con todas sus fuerzas oscuras. Resulta menos negativo juzgar el presente desde sí mismo, que ver transparentarse en él remotos vestigios de agresividad imaginaria. El precedente es lo creado por el hombre que siempre se bosqueja en una trama de continuidad y discontinuidad de actos y valoraciones. En este sentido toda época es

inmediata al hombre (y la falta de interiorización religiosa de hoy nos inhibe decir, con Ranke, "inmediata a Dios"). Las inauditas manifestaciones de violencia que se han desencadenado, al par que la perplejidad que experimenta el individuo frente a sí mismo, a lo que se une el refinamiento científico empleado para innovar incansablemente en los medios de destrucción, reflejan disposiciones de lo universal en el hombre. Somos impotentes para conocernos y comprender lo que ocurre —o lo que siempre ocurrió— sobre todo al contemplar la crueldad que abismaba a Dostoiewski. Ya Montaigne intuyó con hondura la universalidad de lo humano y, en general, enfatizó de cómo en el autoconocimiento se percibe lo inmediato y lo remoto en uno mismo. Y en la conciencia primaria de estos límites se actualiza lo humano-universal. No conocieron Sócrates o Leonardo los misiles, pero vivieron muchos de los humanos precedentes de lo que ocurre y ocurrirá. Nietzsche vio en Sócrates al hombre teórico del futuro; y en otra esfera, los movimientos contracultura, aunque impulsados por motivaciones distintas, ocultan una raíz semejante, en cuanto voluntad de retorno a lo prístino. Los movimientos anticiencia derivan, además, de la resistencia a la "cientificación" del mundo, tan pronto como perciben a los hombres perdidos, anónimos conocidos por computadoras, y que no son ni "seres ni actores", como diría Rilke.

Palpamos que existe divergencia creciente entre el poder innovador científico-tecnológico, y la capacidad necesaria para asumir el control de lo que se crea, innova o decide. Se explica, entonces, que se proponga como teoría y modo de acción, establecer una "sociología permanente", como criterio sociopolítico tendiente a la revisión continua del estado social, a fin de encender y regular rebeldías antitecnológicas. Se identifican ciencia y tecnología, y sobre esa base se generan movimientos anticulturales. Ello, a su vez, es estimulado, indirectamente, por los hombres de ciencia en cuanto restringen la idea de "verdad científica". Y aquí aparece un rasgo utópico: aspirar a separar a la ciencia de la tecnología. En la misma medida en que lo anterior se delata como ilusorio, al verificar el señorío del mundo por la ciencia, se presiente algo más. Que se ahonda la diferencia y el acceso posible al conocimiento de la teoría de plasmas, p. ej., incluso para quienes poseen estudios universitarios. No se trata de la leyenda de las dos culturas, sino del fenómeno mucho más abrumador de que sólo algunos miles de especialistas alcanzan un saber que resulta impenetrable para miles de millones, aunque sí experimentarán efectos negativos de no se qué derivación tecnológica posible. Este constituye un abismo más profundo que el que existió, p. ej., entre quienes empleaban el latín y los que se servían de lenguas vulgares.

Estos fenómenos son conocidos, pero las conclusiones que cabe inferir de su análisis son múltiples. Para nosotros se trata de enfrentar estas circunstancias históricas, desde la experiencia chilena y americana de la vida, más allá o más acá de los terrores del año 2000. Desde luego, no somos pocos, tampoco legión, los que pensamos que en algunos países del Tercer Mundo, como el nuestro, pueden surgir teorías y actitudes que constituyan un modo de ver original y positivo en defensa del hombre y con vistas a cambios profundos en el mundo social. Ahora nos limitaremos a unos enunciados inevitablemente esquemáticos, pero todo lo anterior era indispensable para exponer lo que sigue como imperativos realistas.

1. Se habla del mito del desarrollo, pero no en el sentido de una primera fundación, de un origen, sino queriendo significar una apariencia, una falacia, una contradictoria caída por debajo de las propias creaciones.
2. Todo invita a la profundización de la conciencia histórica, particularmente en lo que dice relación con el conocimiento de las interacciones existentes entre la sociedad convertida en sistema, por un lado, y los sistemas cognitivos, la ciencia y la tecnología, por otro. Semejante investigación y toma de conciencia tiene por objeto crear, hacer posible, condicionar, si se quiere, una nueva actitud frente a las funestas ambigüedades del llamado desarrollo.
3. No se introducen aquí vestigios de utopías, lejos de ello.
4. Es utópico quien piense continuar los ritmos del mundo postindustrial y conservar al mismo tiempo la plena vigencia de nuestra identidad nacional.
5. ¿Cómo conciliar ese cuadro moderadamente sombrío de nuestro bosquejo del rostro de la época actual, con nuestras tradiciones culturales?
6. Debemos poner énfasis en el hecho que las reacciones frente a los efectos negativos de las sociedades industriales y totalitarias, en el fondo evocan e invocan formas de vida que, conociéndolas o no, son experiencias originarias de nosotros. Keyserling afirmó que el aporte de Sudamérica a Occidente derivaría del orden emocional que cualifica la vida americana. Y hoy, desde distintas perspectivas, se afirma la necesidad de investigar las relaciones del hombre consigo mismo, la naturaleza, el otro y la sociedad, como principio heurístico para comprender al hombre en la encrucijada en que se encuentra.
7. Y eso es algo que subyace a la poesía de Gabriela Mistral y de Neruda, entre otros artistas. Más todavía: hacia los años cincuenta, Octavio Paz pensaba que nos daríamos la mano con todo el mundo desde

- nuestra soledad. Por mi parte, también por entonces, sostenía que la incorporación de nuestros países al curso de la historia universal, se verificaría a través de la experiencia americana de la vida. Y a ésta apuntan los movimientos verdaderamente renovadores que hoy existen.
8. Se trata de luchar porque la convivencia no se convierta en una utopía.
 9. Las formas de relación con el otro, en nuestro pueblo, en el sentido más amplio, contienen la posibilidad de que lo anterior no se extravíe en lo utópico.
 10. Se trata de la Defensa de la Tierra, de que hablaba Luis Oyarzún, de la defensa de un estilo de convivencia y, por lo mismo, de la visión del mundo. Ello implica no sólo atender al arte, sino incitar a la interiorización de los problemas que afectan a la conciencia histórica del presente.
 11. Pero semejante interiorización no es sólo una tarea intelectual, filosófica o científica. Implica repensar todo el horizonte de posibilidades que dependen de nuestra autonomía.
 12. Enfrentar los problemas de la época, sin detenerse, pero también sin entregarse a la universalidad tecnológica que todo lo desdibuja en una racionalidad opresora por creadora de irrationalidades, impone como necesario mucho de lo que actualmente no poseemos. Establecer sistemas más profundos de educación, medios para las ciencias básicas y humanas. Lo cual significa, asimismo, enseñar e investigar teniendo presente la verdadera historia de la ciencia, lo que verdaderamente asocia teoría y experiencia, a fin de evitar el oscurantismo en la actitud frente a la ciencia. Por eso es ilustrativo que se hayan acuñado teorías de la ciencia que se confiesen anarquistas, lo mismo que filosofías de la cultura que reconocen igual sello, pero cuyo verdadero impulso es repensar y pensar nuevas actitudes que no se extravían en el utopismo de Schumacher.
 13. La necesidad de la prueba incumbe a quien afirme lo contrario. Sorprenderse de lo expuesto es admitir la inevitabilidad de la mundialidad arrolladora, con cualquier signo; representa admitir las especulaciones acerca de nuevos órdenes de mundo bajo el signo de la tecnocracia y el "estado nuclear". Lo sorprendente sería estimar lo contrario, insisto, que el hombre pueda salvarse tecnocráticamente, por computación y microelectrónica. Hoy en cualquier punto de la Tierra está toda la Tierra, por eso ya percibimos de qué manera comienza el alejamiento de nosotros mismos. Detengámoslo desde aquí, preparando la más profunda transformación que debe alentar la humanidad, que es la revolución en contra de sus obras, del hombre contra sí mismo y desde

sí mismo, a fin de conservar su libertad creadora, evitando aniquilarse en el enfrentamiento con racionalizaciones que se contraponen a la lucha del hombre. Y la exhortación y advertencia a un mismo tiempo nos viene de contemplar las tensiones y contradictorias alianzas entre saber, poder e impotencia. Miremos el rostro de la época y luego volvamos la mirada a nosotros mismos, a nuestra tradición y modo de ser hombres.

14. Así concebimos la interiorización de la cultura que, como el autoconocimiento, implica el imperativo de un continuo recrearse.